

Manuel ROMERO TALLAFIGO, *El testamento de Juan Sebastián Elcano (1526). Palabras para un autorretrato*, Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, 2020 (Colección Historia, núm. 364), 720 págs. ISBN: 978-84-472-2964-2.

En el infinito Pacífico, a un grado de la línea equinoccial, quien años atrás había tenido el honor de capitanear a las 18 afortunadas personas que habían conseguido por primera vez circunnavegar la Tierra ordena por escrito su testamento en la nao Santa María de la Victoria ante escribano público. Era el 26 de julio de 1526.

Juan Sebastián Elcano, capitán de Guetaria e ilustre marino, se encontraba enfermo de muerte postrado en la cama cuando dicta sus últimas voluntades. Palabras de amor, miedo, desaliento y esperanza –como precisa el autor de esta obra– que emprendieron un maravilloso viaje por los océanos y sus mareas, por las tierras de Malaca y Portugal, y por los campos de Castilla y Andalucía. Días después el navegante fallecía de escorbuto o de ciguatera, el 6 de agosto inmediato, a bordo de la misma nave, cuando participaba en su segunda expedición a las Molucas.

El testamento de Elcano se conocía sobremanera, pero nunca había sido desmenuzado y tratado como ahora para sacar detalles que desvelan la poliédrica personalidad del testador, un análisis realizado por uno de los mejores especialistas en los estudios paleográficos, diplomáticos y archivísticos. Pues Manuel Romero Tallafigo es catedrático jubilado de Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad de Sevilla y Facultativo del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos del Estado con largos años de servicio en el Archivo General de Indias, en el que se custodia el documento original aquí estudiado en toda su dimensión y desde múltiples perspectivas.

Esta línea de investigación que se acerca al testamento como fuente para la

Historia social y de las mentalidades ya había sido tratada por autores como Miguel García-Fernández y Pablo Otero Piñeyro Maseda, Catarina Valdés Pozueco, Soledad Gómez Navarro, Adriana Vidotte, Carlos Gómez López, Enrique Obediente Sosa, Elvira Ramos y Lis Morelia Torres, de Rosa V. Matalí, Maribel Reyna Rubio, Yolanda Guerrero Navarrete o Juan Carlos Rubio Masa, entre otros, aplicándose a los testamentos de diversos personajes gallegos, a Calderón de la Barca, al primer Marqués de Mondéjar Íñigo López de Mendoza, a particulares de Vejer de la Frontera, Mérida y Valencia, a los indios de Nueva España, a las mujeres o a los condes y duques de Feria. Pero Romero Tallafigo le añade a su testamento de Elcano el valor de ser un dominador del léxico y las reglas gráficas que tienen los fonemas en los tiempos del navegante, lo que le ha permitido tratar aquí el documento como auténticas palabras para un autorretrato, como bien subtítulo la obra.

El libro que nos ocupa, editado por la Universidad de Sevilla y la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, se estructura en tres partes diferenciadas: una primera que analiza el testamento y sus agentes principales, otra que contiene ese autorretrato que perfila y transmite Elcano en sus últimas voluntades y, por último, el facsímil del documento y la edición crítica del profesor Romero Tallafigo.

La primera parte, que analiza el testamento y sus autores, se desmenuza en siete capítulos, en los que además del protagonista del acto jurídico documentado, van desfilando los escribientes de la pieza (el criado Andrés de Urdaneta y el meri-

no de nao Andrés de Gorostiaga), los siete testigos vascos y el fedatario y contador Íñigo Ortés de Perea. También se analizan aquí las sucesivas escrituras y lecturas del testamento, desde la redacción original doble del documento cerrado y abierto, a la contenida en este libro, pasando por las de Navarrete, Medina, Pastells, Merino y otras más recientes, todas ellas luego mencionadas. Para analizar después la cronología náutica, geográfica y celeste del testamento, más la juliana y cristiana. El documento dio media vuelta al mundo para llegar a Castilla y restó un día de su calendario.

La segunda parte de la obra encierra el autorretrato de Elcano, salido las palabras vertidas en el propio testamento, en otros diez capítulos enumerados del VIII al XVII. Porque el documento claramente autorretrata al testador. Aquí Romero Tallafigo, primero, analiza la parte espiritual de las mandas testamentarias que permiten definir a Elcano como hombre piadoso que se alivia con devociones y obras de misericordia. Luego entra en las mandas materiales, empezando por las que deja a su familia y allegados que manifiestan que estamos ante un hombre generoso con sus hijos, sus hermanos, sus sobrinos huérfanos y, sobre todo, con su madre. A continuación, pormenoriza las riquezas y deudas del capitán de Guetaria –calificándolo de héroe mal pagado y, sin embargo, buen pagador– que solo vivía del mar y de los frutos de su comercio, mercadeando con hierro de Vizcaya y cajas y fardeles de lienzos, papel y abalorios, sin disimular formar parte del círculo de mercaderes de Burgos, cuyo centro eran los banqueros Fugger y Cristóbal de Haro. En los siguientes capítulos el autor prosigue dibujando ese autorretrato que Elcano bosqueja en su testamento, tratando sucesivamente sobre sus ropas de vestir, que

denota que vestía bien –con jubones de tafetán acuchillado, elegantes sombreros, un buen equipo de camisas y coloridas calzas–, que lucía anillos y otro ajuar, además de portar sus espadas; sobre la música que envuelve a la expedición mencionando diversos instrumentos musicales (manicordio, atambores, panderos, trompetas, la flauta de madera o la corneta del fedatario testamentario,...) y los romances y alboradas, las faenas marineras a compás de la zaloma, e incluso la música que hacían los isleños del Pacífico; también el testamento desvela los libros y lecturas del navegante, como los de la esfera terrestre y otros de astronomía en latín, en coloquio con su amigo, el cosmógrafo real Andrés de San Martín. Luego el documento trata ampliamente sobre aspectos culinarios como los trastos del fogón de la nao, la noble vajilla que lucía el capitán, su despensa propia con pan de palma, barriles de queso, cecina y sebo, pulpo y congrio, pescado cecial y en conserva alimentos en refresco y “otras cosas de comer”, e incluso de los huevos de la gallina del cuñado Guevara o la repostería. Claramente a Elcano le gustaban sus guisos, asados y fritos y comer bien, con aparejos propios y variados de cocina. No faltó en la nao el aceite y el vino, guardados en barricas y compartidos por Elcano con sus cercanos. El vino, ciertamente, constituía también de algún modo el motor de la navegación; de ahí que se refiera el testamento al vino blanco, a los de palma y arroz, a los gallegos (tintos de Betanzos y blancos de Ribadavia o Ribeira), aparte de al blanco de la marca de Jerez y sus distinguidos beneficiarios, así como a los posibles chacolí, rioja o ribera del Duero, a la sidra y al vinagre.

Todo ello nos presenta a un Juan Sebastián Elcano como servidor del rey, buscador de aromas y especias, hombre intrépido, rendido a la caprichosa fortuna

e instigador de suculentas expectativas de negocios en las Molucas.

La tercera parte de la obra contiene el facsímil del testamento original conservado en el Archivo General de Indias (Patronato 38, r 1) y la edición crítica del documento utilizando la copia certificada de José de la Higuera de 1839 y las copias simples de Martín Fernández Navarrete (1842), Eustaquio Fernández Navarrete y Nicolás de Solaruce (1872), José Toribio Medina (1888), la contenida en el núm. 56 de la *Revista Bascongada de Euskal-Erría* (1907), y las de Pablo Pastells (1920), Abelardo Merino (1923), Carlos Barreda (2002), María Teresa Echenique (2005) y Borja de Aguinagalde (2017), contenidas en sus respectivas colecciones documentales o publicaciones concretas sobre el ilustre navegante. Pero la edición de Romero Tallafigo depura tales versiones anteriores sobre el documento original denotando el sello inconfundible del buen profesor de Paleografía, con una transcripción rigurosa que corrige erratas repetidas, presentándonos así un texto fiel y bastante respetuoso

con las grafías y el léxico empleado en el testamento de Elcano, mediante la consulta a todos los diccionarios que constituyen el *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española* de la RAE, para que su lectura sirva de base a los estudios filológicos sobre el idioma español del siglo XVI.

Nadie, como Romero Tallafigo, ha sabido sacar todo el jugo que rezuma el testamento del insigne navegante, contribuyendo así a entender mejor la personalidad de quien tuvo el honor de capitanear la expedición que supo regresar a Sanlúcar y Sevilla tras circunnavegar todo el orbe, que trajo consigo la primera globalización del planeta con la inauguración de una red de intercambios humanos, biológicos, económicos y culturales intercontinentales que, en palabras de Martínez Shaw, incluyeron la creación de redes comerciales entre los diversos continentes “en un proceso que implicó a todos los mundos y que, paradójicamente, generó la aparición de un solo mundo y la posibilidad de concebir por primera vez una Historia universal”.

Antonio Sánchez González
Universidad de Huelva